

# UNA CIUDAD VISTA DESDE UNA TORRE: LA SEVILLA DE CARLOS V

FRANCISCO NÚÑEZ ROLDÁN

No constituye una novedad hablar sobre la Sevilla del siglo XVI. Sin embargo, eso no impide que sigamos reflexionando sobre una ciudad tan seductora, sobre un tiempo tan apasionante. La seducción, lejos de ser efímera, es permanente: los trabajos y las publicaciones frecuentes de historiadores, sociólogos, urbanistas y antropólogos así lo demuestran. Esta relación entre los estudiosos y la ciudad no es una relación artificial, no es una relación mitómana, no ha nacido del tópico o de la moda. Por encima de los sentimientos que inspira y produce Sevilla, existen razones objetivas y abundantes que explican esa atención casi visceral hacia su historia y especialmente a todo lo concerniente a las relaciones que en ella o a partir de ella se establecieron con América y con Europa. Justamente el papel desempeñado por la ciudad en la creación del Nuevo Mundo fue inequívocamente singular.

En efecto. De los trabajos de Morales Padrón se desprende la idea de que Sevilla no es una ciudad como las demás<sup>1</sup>. Presenta rasgos distintivos, peculiares. Aparte del contenido retórico de la denominación, parece indudable, y así es reconocido por la historiografía, que Sevilla es la capital del Mundo después de 1492 y durante ciento cincuenta años. Y lo es porque desde ella se organiza la explotación colonial en su más amplio sentido; de ella salen las mercancías y los hombres que abastecen la primera demanda americana; a ella y a través de su río deben llegar las flotas de Indias cargadas de oro, plata y otras mercancías que enriquecen a la sociedad y al Estado Moderno castellano.

La elevación de Sevilla al rango de primer centro comercial europeo produjo igualmente como fruto una corriente investigadora cuyo más destacado representante sea tal vez Pierre Chaunu<sup>2</sup>. Ha sido él precisamente quien nos proporcionó un extenso e insuperable trabajo de doce volúmenes sobre el tráfico indiano que

<sup>1</sup> MORALES PADRÓN, F.: *La ciudad del Quinientos*. Publicaciones de la Universidad de Sevilla. Sevilla, 1977.

<sup>2</sup> CHAUNU, P.: *Seville et l'Atlantique (1504-1650)*. París, 1955-56, 8 tomos. Del mismo autor: *Sevilla y América*. Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1986.

partía del puerto de Sevilla. El objetivo de su gigantesca obra no fue exclusivamente la ciudad, pero no faltan entre sus páginas reflexiones muy originales sobre el protagonismo hispalense en la odisea americana.

Por el Guadalquivir los galeones traían metales preciosos, productos exóticos y también la certeza del triunfo, la certidumbre de que toda aventura tiene un premio. Los que aguardaban para marchar por vez primera únicamente poseían la esperanza del éxito inmediato y vertiginoso. Pero ese logro es, por definición y en ocasiones, un logro breve, efímero y frágil. Precisamente de cómo se formaron las riquezas indianas, de cómo se vivió la aventura americana, sin cálculo o con él, de las transformaciones sociales causadas por los tesoros en la ciudad, nos ha dado cumplida cuenta la historiadora norteamericana Ruth Pike<sup>3</sup>. De la lectura de su obra «Aristócratas y comerciantes», se desprende la tesis de que la sociedad sevillana de los siglos XVI y XVII no estaba al margen del afán desmedido del lucro que caracterizaba al hombre moderno. Fruto de ese espíritu fue la fluidez del tejido social hispalense. Tras la publicación de la obra de R. Pike ya nadie podrá negar o poner en duda la participación de los sevillanos en la corriente de riesgo y de especulación que gobernaba la ciudad y que a unos hacía ricos y a otros miserables. A unos esa riqueza conseguida con el trabajo cotidiano o con el riesgo calculado les sirvió para colocar en el pecho de sus descendientes, tal como lo advirtiera Cervantes, la marca que tanto distinguía a la gente principal de la plebeya.

La suerte que corrieron los desfavorecidos de la Fortuna nos ha sido revelada por Mary Elisabeth Perry, J. I. Carmona, Herrera Puga, Álvarez Santaló o Alfonso Franco<sup>4</sup>. Apartados por la pobreza más solemne se refugiaron entre los muros de los hospicios, las salas de los hospitales, las celdas de las cárceles o tomaron como suyas las calles y las esquinas de la propia ciudad.

Por último, no podía faltar en esta breve lista bibliográfica el nombre de A. Domínguez Ortiz<sup>5</sup>. Él ha dedicado una importante parte de su obra y de su vida a la historia de Sevilla y lo ha hecho con rigor científico, con erudición generosa y con la visión de conjunto necesaria en toda obra de historia local. Su libro *Orto y Ocaso de Sevilla* se ha convertido en un clásico de nuestra historiografía.

Los historiadores citados, como tantos otros, son, de algún modo, continuadores de una generación de eruditos locales de obligada consulta, que iniciaron, con otros propósitos, idéntica labor. Me estoy refiriendo a Joaquín Guichot, S. Montoto, José Gestoso, J. Hazañas, Rodríguez Marín, Celestino López Martínez, etc., etc. Todos, éstos más lejanos, aquéllos más cercanos, nos han dejado en sus obras una *imagen* de Sevilla. *Esa imagen* puede ser más cierta en la medida en que coincidan las imágenes que cada uno haya construido o reconstruido de la ciudad.

<sup>3</sup> PIKE, R.: *Aristócratas y comerciantes*. Barcelona, 1972.

<sup>4</sup> PERRY, M. E.: *Crime and society in early Modern Seville*. The University Press of New England, 1980. CARMONA GARCÍA, J. I.: *El sistema de hospitalidad pública en la Sevilla del Antiguo Régimen*. Diputación Provincial de Sevilla, 1979. HERRERA PUGA, Pedro: *Sociedad y delincuencia en el siglo de Oro*. Granada, 1971. De Alfonso FRANCO SILVA es preciso destacar dos obras: *La esclavitud en Sevilla y su tierra a fines de la Edad Media*. Sevilla, 1979. Y un artículo: «La esclavitud en Sevilla entre 1526 y 1550», en *Archivo Hispalense*, 188, septiembre-diciembre 1978, pp. 77-92.

<sup>5</sup> DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: *Orto y ocaso de Sevilla*, Universidad de Sevilla, 1974.

Pero aun cuando los juicios fuesen comunes la imagen resultante podría ser deformada. Esto, por desgracia, ha ocurrido con frecuencia, tal vez por la tendencia historiográfica local de pretender presentar la cara risueña de la ciudad. De ello nace una imagen distorsionada y exagerada. Nuestra intención hoy será en la medida de lo posible ofrecerles los elementos de análisis suficientes para que puedan elaborar *una imagen de imágenes* de la Sevilla del siglo XVI.

#### UNA IMAGEN DISTORSIONADA Y EXAGERADA

El dicho proclama: «Quien no ha visto Sevilla, no ha visto maravilla». Ésta es la frase que nos ha llegado hasta hoy del siglo XVI. Aparece en casi todas las imágenes que de la ciudad difundieron grabadores y viajeros a lo largo de Europa. De boca en boca, de estampa en estampa, la ciudad entraba a formar parte, de ese modo, de la mitología urbana del continente.

Fray Tomás de Mercado lo corroboró cuando afirmaba que Sevilla había pasado de ser un apéndice de Europa a convertirse en el centro del mundo. Sus palabras lo expresan con abundancia:

«...Tienen los comerciantes sevillanos contratación en todas las partes de la Cristiandad y aún en Berbería. A Flandes cargan lanas, aceites y bastardos; de allá traen todo género de mercerías, tapicería y librería. A Florencia envían cochinilla, cueros, traen oro hilado, brocados, sedas y de todas aquellas partes gran multitud de lienzos. En Cabo Verde tienen el trato de negros, negocio de gran caudal y de mucho interés. A todas las Indias envían grandes cargazones de toda suerte de ropa, traen de allá oro, plata, perlas, grana y cueros en grandísima cantidad...»<sup>6</sup>.

No exageraba Mercado en modo alguno. Los puertos alemanes, franceses, escandinavos y británicos, incrementaron sus intercambios con Sevilla desde comienzos del siglo XVI lo cual la convirtió en puerto de tránsito y de reexportación obligada para las mercancías europeas destinadas al mercado indiano.

Juan de Mal Lara que escribe poco después en un párrafo arrebatado de amor por Sevilla llega a exclamar:

«Esta ciudad tan hermosa, tan rica, tan noble, tan leal a sus Reyes, tan devota de S. Majestad demanda que si queremos decir algo, callemos, pues nos dicen los extranjeros, que la alabamos poco y la encarecemos menos de lo que merece, y para llamarnos cortos se suben a la torre de la Iglesia Mayor y representando aquel río y aquel campo y aquel pueblo en medio dicen que todo cuanto tiene Sevilla es grande. Fortifica esto la común aprobación y refrán antiguo: A quien Dios quiso bien, en Sevilla le dio de comer»<sup>7</sup>.

Con las hermosas palabras de Mal Lara los excesos retóricos no habían hecho más que empezar.

<sup>6</sup> MERCADO, T. de: *Summa de tratos y contratos*. Sevilla, 1571. Reedición moderna, Madrid, 1977.

<sup>7</sup> MAL-LARA, Juan de: *Recibimiento que hizo la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla a la C.R.M. del Rey D. Philipe N.S.*, Sevilla, 1570.

Era cierto, en cualquier caso, que Sevilla, como decía fray Tomás de Mercado había sido hasta principios del siglo XVI una ciudad muy poco conocida y de escasa relevancia para quienes vivían en occidente.

En efecto, hasta la época del Descubrimiento, Sevilla acusaba sobremanera la huella musulmana y medieval en su paisaje urbano y en su población: casas cerradas sobre sí mismas, casi fortificadas, calles tortuosas, presencia de abundantes artesanos moriscos en barrios muy señalados; es la descripción que nos ha ofrecido de la ciudad un geógrafo y astrónomo alemán, Jerónimo Münzer, de viaje por la Península en 1495<sup>8</sup>. Lejos de desaparecer, este mundo cargado de testimonios y recuerdos medievales se superpondría con otro nuevo: el resultante de la sensibilidad renacentista y de la prosperidad generada por los metales preciosos americanos.

La nueva imagen se difunde y se magnifica con la presencia en la ciudad del emperador Carlos el día diez de marzo de 1526; iba a contraer matrimonio con una hermosa princesa portuguesa, doña Isabel, y elige Sevilla como escenario. Los reyes fueron recibidos con grandísimo júbilo y ostentosas fiestas. Todas las calles estaban engalanadas con arcos triunfales, decorados con inscripciones de distintas suertes alusivas a la boda imperial. Ortiz de Zúñiga narra la entrada solemne de la princesa el tres de marzo: «salieron los señores del Senado y regimiento de Sevilla a recibir a Su Majestad la Emperatriz, muy rica y lucidamente vestidos... salieron asimismo los muy reverendos señores del cabildo de la Iglesia de Sevilla y los egregios colegiales del insigne colegio de Santa María de Jesús; los caballeros y escribanos públicos, ciudadanos y mercaderes naturales y extranjeros, muy costosos y galanes, a mula y a caballo... todos salieron al campo a este recibimiento. Llevaban los señores regidores un palio de brocado de tres altos e filo de oro con las armas del emperador en medio, hechas de oro y piedras preciosas y perlas muy gruesas...»<sup>9</sup>. No menos grandiosa fue la recepción que se le dispensó al emperador cuando llegó a Sevilla ocho días más tarde al entrar por la puerta de la Macarena. Andrea Navagero, el embajador y humanista italiano lo contó en sus memorias sin ahorrar palabras de elogio hacia la ciudad, de la cual llegó a proclamar que se asemejaba mucho más que ninguna otra ciudad de España a las italianas, populosas, coloristas y ricas<sup>10</sup>.

En poco más de un cuarto de siglo, era evidente que Sevilla se había convertido en una ciudad abierta, centro de atracción de una heterogénea muchedumbre de hombres, de mercancías y de negocios. De capital medieval del Sur, se transformó acumulando funciones que elevaron su rango: recibió el privilegio real del monopolio del comercio indiano, pasó de tener una economía fundamentada en la agricultura a constituir el primer mercado dinerario de España. Con eso bastaba para iniciar su andadura histórica, para convertirse en el «gran Babilonia de España», en «el mapa de todas las naciones» tal como la concibió Luis de Góngora.

<sup>8</sup> MÜNZER, Jerónimo: *Itinerarium peregrinatio per Hispaniam...* etc., en «Viajes de extranjeros por España y Portugal». Ed. de GARCÍA MERCADAL. Madrid, 1952.

<sup>9</sup> ORTIZ DE ZÚÑIGA, Diego: *Anales eclesiásticos y seculares de la Muy Noble y Muy Leal ciudad de Sevilla...* etc. Sevilla, 1893, 5 vols.

<sup>10</sup> NAVAGERO, Andrea: *Viaje a España del magnífico embajador de la República de Venecia ante el emperador Carlos V.* Valencia, ed. moderna, 1951.

La ciudad cobró desde entonces una nueva y singular dimensión y también una secular fascinación. Fascinación —dice Chaunu— que ejerce el lujo en el vestir, el gran número de sus esclavos, indios, blancos y negros, la suntuosidad de su aristocracia, de sus palacios, la hermosura de sus jardines, el agua abundante de sus fuentes, el confort creado por la civilización musulmana, la luz: comparable a qué ciudad, a qué puerto de entonces, se pregunta Chaunu casi emocionado.

Idéntico ambiente imaginó Alejo Carpentier en uno de sus cuentos más coloristas. El protagonista del *Camino de Santiago*, un soldado español de Flandes llamado Juan había roto su promesa con el apóstol de hacer el camino jacobeo. Prefirió desviarse y recalar en Sevilla con la intención postrera de embarcarse para América. Entretanto, en sus andanzas por el laberinto de la ciudad y acostumbrado a la uniformidad propia de la milicia, se asombraba de ver el «gran portento de los humanos colores». Los causantes de aquella sensación no eran tan sólo los negros liberados que esperaban como él el día de salir en las flotas, ni las mulatas que los acompañaban; también se veían muchos indios que aguardaban el regreso a sus patrias en el séquito de prelados, capitanes, letrados o factores<sup>11</sup>.

Todo aquel mundo alborotoso y raro imaginado por Carpentier y descrito por Navagero en su cuaderno de viajes, ponía un estupendo olor de aventuras en las narices de Juan de Amberes. Olor de aventuras, olor de riquezas fáciles. Ése era el olor de Sevilla, porque todas las ciudades tienen un olor.

Por su parte, Gil González Dávila, que escribe en 1647, cuando sólo se poseía ya el recuerdo de aquel tiempo mejor, la nombró ampulosamente «Corte sin Rey. Habitación de Grandes y Poderosos del Reyno y de gran multitud de Gentes y de Naciones... compuesta de la opulencia y riqueza de dos Mundos, Viejo y Nuevo, que se juntan en sus plazas a conferir y tratar la suma de sus negocios. Admirable por la felicidad de sus ingenios, templanza de sus aires, serenidad de su cielo, fertilidad de su tierra...»<sup>12</sup>.

Así pues, a mediados del siglo XVII todavía parecía tener vigencia el dicho: *quien no ha visto Sevilla...*, pero, sin duda, el historiador castellano exageraba el presente y también el pasado, como lo hacían habitualmente los andaluces en opinión de Guicciardini, el historiador florentino, que ya en 1512 proclamaba que «en el hablar son muy exaltados de sus propias cosas y se ingenian en aparentar cuanto pueden». Otro florentino ilustre, mucho tiempo después, en 1668, en una visita a la ciudad, parecía poner las cosas en su sitio, al escribir en sus memorias del viaje que la ciudad le pareció «buena... pero no tanto como dice el proverbio»<sup>13</sup>. Sin duda, Cosme de Médici se acordaba de su ciudad natal y no quería desmerecerla en su involuntaria e inconfesable comparación. Pero a pesar de ese humano deslíz, es muy posible que su juicio y sus palabras además de mesurados fueran ciertos.

<sup>11</sup> CARPENTIER, Alejo: *El camino de Santiago*, en *Cuentos*, ed. Bruguera, Barcelona, 1985.

<sup>12</sup> GONZÁLEZ DÁVILA, Gil: *Teatro eclesiástico de las iglesias metropolitanas y catedrales de los reinos de las dos Castillas*. Madrid, 1647-1650, dos volúmenes.

<sup>13</sup> VIAJE DE COSME DE MÉDICIS POR ESPAÑA Y PORTUGAL (1668-1669). Edición y notas por Ángel Sánchez Rivero y Ángela Mariutti. Madrid, Centro de Estudios Históricos, s/f.

## UNA CIUDAD AMURALLADA

Eso es lo que opinan los viajeros. Pero ¿qué es lo que ven? Al llegar a Sevilla todo viajero encuentra una ciudad alzada sobre una fértil llanura, una ciudad de hechura casi circular, ovalada y amurallada, asentada junto a un río caudaloso que la separa como una tangente de un barrio singular, Triana. Durante varios siglos los visitantes que llegan a ella habrían de conocerla así.

La primera impresión del viajero lo constituye la muralla. Una muralla de seis kilómetros, de 166 torres, altas, fuertes, anchas y cuadradas o poligonales. Una muralla interrumpida por trece o catorce puertas con sus nombres, con sus puertas flanqueadas por torres y por postigos.

Pero la muralla que conocieron J. Münzer, A. Navagero, G. Cuelbis, Luis de Peraza o Juan de Mal Lara, había perdido ya su función militar de defensa propiamente medieval. Sin embargo, aunque sigue imponiendo a la ciudad una cierta clausura, que a veces es servidumbre, sin embargo, mantiene o cumple otros fines y funciones. Primero funciones civiles o de policía, pues gracias a ella se vigilaba la entrada o salida de la ciudad de las gentes de los arrabales, generalmente, rufianes, pícaros, delincuentes, vagabundos, prostitutas, etc.

La segunda función que prestaba la muralla era de tipo fiscal: toda introducción de determinadas mercancías en la ciudad estaba sujeta al pago de ciertos derechos en las puertas. En tercer lugar, la muralla constituía, si se prevenía a tiempo, un auténtico cordón sanitario frente a los contagios de epidemias procedentes del exterior. Por último, en cuarto lugar, en tiempos de avenidas del río, si se cumplían ciertas normas, la muralla recuperaba, de alguna manera, su antigua función defensiva, como muro de contención.

Franqueada la muralla, el viajero se encuentra en el interior de la ciudad, en sus calles, en sus plazas. Pero le falta perspectiva. Para observarla con mayor precisión no hay nada mejor que subir a la altísima Torre de su catedral —la Torre por excelencia entre las torres. Desde allí se contempla casi todo y en especial, el entramado callejero y el caserío.

## LA TRAMA URBANA

Vista desde la Torre islámica de su catedral, la trama urbana de Sevilla respondía, obedecía, a comienzos del siglo XVI, al concepto que los musulmanes tenían sobre la ciudad. A pesar del tiempo transcurrido desde la reconquista de la ciudad y de las transformaciones que sufriera con posterioridad, ese concepto iba a permanecer vigente por mucho tiempo.

El trazado de las calles era irregular y tortuoso por motivos de seguridad ante un peligro interior. Las calles eran muy estrechas para impedir, entre otras cosas, la presencia del sol durante el verano. Las calles, en tercer lugar, estaban sabiamente jerarquizadas, obedeciendo a un plan: había calles principales, anchas, alegres y soleadas. Estas calles formaban el centro comercial, muy transitado, pensado para negociar, para conversar, para convivir. A medida que nos alejamos de

él se pierde el bullicio y se entra en la calma y el silencio de las callejas más angostas, más íntimas, por las cuales solamente se va de paso. El laberinto se complica aún más, con un tercer tipo de vía, el adarve o callejuela ciega que no lleva a ninguna parte.

## EL ESTADO DE LAS CALLES

Pero esas calles presentaban un aspecto deplorable. En efecto, en sus diarios y memorias, los viajeros no ahorran comentarios elogiosos de la ciudad pero también reparan en sus defectos más visibles y más acusados. El estado de las calles dejaba mucho que desear. En primer lugar, aunque muchas de ellas estaban empedradas o enladrilladas, se deterioraban con facilidad a causa del tránsito de animales de carga y de carromatos. La situación se agravó con la adopción de la moda italiana de usar coches para el tránsito femenino por el interior de la ciudad a finales del siglo XVI. Las calles, pues, estaban mal pavimentadas. Pero no era ese su peor defecto. La mayoría de ellas, a los ojos de los viajeros y de los propios sevillanos, presentaban una falta absoluta de higiene. Aunque existían funcionarios municipales que velaban por su limpieza, lo cierto es, sin embargo, que la gente acostumbraba a depositar los desperdicios domésticos en la calle, a arrojar allí el agua sucia o el estiércol de los animales.

## EL CASERÍO URBANO

Si todos los viajeros coinciden en señalar el lamentable estado de las calles, las opiniones son diversas cuando hablan del caserío sevillano. Andrea Navagero escribía en 1526 que las casas, en general, no eran buenas. No olvidemos su procedencia veneciana y florentina. Sus ojos estaban educados para disfrutar de una arquitectura mucho más rica. Sin embargo, en 1570, Juan de Mal Lara afirmaba que la ciudad se había transformado entre esos años. Los edificios se habían embellecido y, además, una fiebre constructora había invadido la ciudad. Una y otra realidad tenían causas concretas: la población de Sevilla había crecido notablemente (hasta multiplicarse por cuatro) desde finales del siglo XV y las rentas y los alquileres también se habían incrementado tanto por la presión de la demanda como por la elevación general de las rentas. La mayoría de las casas, exceptuados los palacios de la nobleza y de la burguesía, estaban, sin embargo, construidas con materiales endebles y quedaban a merced de cualquier contratempo. Los más frecuentes fueron los incendios, las lluvias torrenciales y las avenidas del río. Era inevitable, teníamos que topar con el río. El río explica por sí mismo la historia y la grandeza de la ciudad. Los viajeros nunca lo olvidan, aunque prefieren llamarlo por su nombre romano, más corto, más clásico y más culto: el Betis.

## LA CIUDAD Y EL RÍO

Hay ríos que suman a sus múltiples funciones una no menos importante: la de ser símbolo de una región, de una comarca, de una ciudad. El Guadalquivir es

la imagen de la Baja Andalucía, el origen de su fertilidad. El río es, asimismo, la imagen de Sevilla y su secreta razón de ser. ¿Dónde residía el misterio y la oportunidad sevillana antes de 1503, antes de la institucionalización del monopolio de comercio con América? Tomás de Mercado, el fraile teólogo y economista era ya categórico en el propio siglo: el secreto está en el río. Pierre Chaunu lo ha escrito, sin embargo, con incomparable belleza:

«Para quien la contempla desde lo alto de la Torre mora de su catedral, Sevilla la andaluza, Sevilla la reconquistada, Sevilla, circular como un símbolo, resulta inseparable de la cinta luminosa de su río, el Antiguo Betis que cada día le lleva, con la marea, los miasmas de las marismas y el agua salada del océano... las flotas con el oro»<sup>14</sup>.

En efecto, hasta 1503 el río comunicaba esporádicamente Sevilla con Europa. Sin embargo, como apunta Morales Padrón, a partir de esa fecha el río es un gran camino que une dos mundos. Uno viejo y otro nuevo. Mediterráneo y Atlántico. El más americano de los ríos dice Morales. El río se universaliza y hace a Sevilla universal, cosmopolita. Por eso la ciudad es un don del río. Por eso su imagen no puede prescindir de él.

Sin embargo, tal como afirma P. Chaunu los 90 kilómetros que separan a Sevilla del mar por el río constituyen a la vez su fuerza y su debilidad. En épocas de grandes lluvias, torrenciales y persistentes, las aguas del Guadalquivir conquistaban fácilmente las puertas de la ciudad y casi siempre su interior. Y técnicamente el río no era accesible más que a los navíos que no excedían de doscientas toneladas.

#### UNA CIUDAD POPULOSA

El viajero se siente atraído por el río, por la muralla y por la Torre. Enseguida se sentirá como en su propia casa. Nada le será extraño. Si es alemán, genovés, florentino, vasco o burgalés, será asimilado por la ciudad. Por una ciudad que había crecido gracias a las oleadas de emigrantes, algunos ricos, otros pobres, todos buscadores de fortuna, que inundaron la ciudad nada más iniciarse el proceso descubridor y colonizador americano<sup>15</sup>. Es lo que Chaunu ha denominado como la *invasión del sur* por las gentes del Norte: burgaleses, cántabros, vizcaínos, gente de mar, gente atrevida en los negocios, aunque no todos son comerciantes. Eso sería como simplificar la vida misma de la ciudad. Los hay que son cosmógrafos como Amerigo Vespucci o Magallanes; los hay que son artistas responsables de la belleza de muchos templos y palacios, como Pisano, Mercadante o Torrigiano. Todos son bien recibidos. Ellos definen el carácter de la ciudad: abierta, dinámica, cosmopolita. Ellos modifican las actitudes medievales de su sociedad.

<sup>14</sup> CHAUNU, P.: *op. cit.*, p. 30.

<sup>15</sup> Para los emigrantes italianos en concreto véase mi artículo NÚÑEZ ROLDÁN, F.: «Tres familias florentinas en Sevilla: Federighi, Fantoni y Bucarelli (1570-1625)», en *Presencia italiana en Andalucía. Siglos XIV-XVII*. Sevilla, 1989, pp. 23-50.

La nobleza hispalense que directamente no participó en el trasiego mundano de los negocios, mantuvo, paradójicamente, gracias a él sus preeminencias sociales jurídicas y políticas, al mismo tiempo que mantenía los ojos cerrados —mientras sus intereses no se torcían— a las transformaciones que se operaban en el seno de aquella sociedad teóricamente hermética y cerrada. En tiempos de inflación de los precios muchos de los patrimonios nobiliarios fundados sobre rentas fijas optaron por buscar inversiones más lucrativas como las de mercar al por mayor y a través de terceros con las Indias. Así pues, el espíritu del siglo, el afán de lucro, la fiebre del enriquecimiento fácil y rápido a través del comercio convirtió a muchos de ellos en mercaderes y a éstos, gracias a sus riquezas, en nobles. Unos y otros se encontraron en las Gradas de la ciudad, en los altares de sus iglesias, en los matrimonios y todos, al parecer, mejoraron su estado en el marco de aquella ciudad. En ella confluyen el espíritu de los negocios y el espíritu nobiliario. Como afirmaba Fray Tomás de Mercado:

«...Los caballeros por codicia o necesidad del dinero *han bajado* a emparentar con tratantes... y los mercaderes con apetito de nobleza *han trabajado* de subir...».

Procesos semejantes no se conocen en el resto de Castilla de manera tan acusada. El tejido social hispalense es rico en variaciones y en situaciones. La prueba de ello es que no todos los que se aventuran triunfan. Sobre la base de una economía inestable, las constantes novedades, la agilidad de las transformaciones, las sorpresas de la coyuntura, las incertidumbres, determinarán frecuentes crisis que pusieron a prueba la solidez de los más fuertes. Ese ambiente fuertemente especulativo que se respiraba en torno al río y a su puerto llegó a conmover el equilibrio de la banca y de los grandes negocios. Los más ricos, los más afortunados vieron, entonces, aparecer en sus vidas una pasión tardía. Tardía socialmente, pero conveniente: la pasión por las hidalguías. En uno y otro sentido, el oro cambió la ciudad, la hizo distinta a todas las ciudades, aunque por poco tiempo.

El oro atrae a los comerciantes, a los rufianes, a los aventureros. El oro también colabora con los santos. Santa Teresa de Jesús, que visita Sevilla en 1575 con la voluntad de erigir un convento, conseguiría su objetivo a pesar del clima que se respiraba en la ciudad. Como ella misma contó en el *Libro de las Fundaciones*, levantó su primera casa sevillana después de muchas dudas, pues

«...nadie pudiera juzgar que en una ciudad tan caudalosa como Sevilla y de gente tan rica, había de haber menos aparejo de fundar que en todas partes que había estado. Húbole tan menos que pensé algunas veces que no nos estaba bien tener monasterio en aquel lugar...»<sup>16</sup>.

En un arrebató de sinceridad admite incluso que se hubiese vuelto a Castilla con sus monjas pues:

«...nunca me ví más pusilánime y cobarde en mi vida que allí me hallé; yo, cierto, a mí misma no me conocía...»<sup>17</sup>.

<sup>16</sup> TERESA DE JESÚS: *Libro de las fundaciones*, capítulo 25. Ediciones de la Espiritualidad, Madrid, 1963, pp. 1062 y ss.

<sup>17</sup> *Ibidem*.

Tal vez fuera la causa, según la propia santa que en Sevilla, como había oído decir «reinaban los demonios», o tal vez reinaban las apariencias. Superadas las dudas, la solución a sus problemas económicos vendría de la mano de un indiano, su propio hermano Lorenzo de Cepeda, que hacía más de treinta y cuatro años que estaba en América. Parecía una paradoja, pues si el oro americano era un instrumento diabólico que gobernaba la ciudad, él mismo habría de servir para comprar la casa fundacional en la calle de la Pajería. Una procesión solemne, el día 3 de junio de 1576, pondría fin a los afanes sevillanos de la gran religiosa carmelita castellana.

#### LOS MENESTEROSOS

Los viajeros se sintieron deslumbrados por la ostentación de los ricos, pero raras veces se detienen a describir las miserias sociales de la ciudad. Si lo que pretendemos es mostrar la ciudad, construir una imagen de imágenes es obvio que hay que considerar a los grupos marginados de la ciudad.

Moriscos, niños mendigos, pobres de solemnidad, esclavos, prostitutas, rufianes, pícaros, vagabundos y gitanos vivían en la gran ciudad, procedentes en su mayoría de los rincones más lejanos de la geografía peninsular. Eran un reflejo más del cosmopolitismo sevillano. Individuos sin patria y sin fronteras.

La miseria estaba en las calles. No la imaginamos. Los documentos la presentan. Con eso basta. Concretamente, en 1597, el Asistente de la ciudad, Conde de Puñonrostro, ordenó que se realizase una revista general de mendigos a los cuales se les citó en el campo del hospital de la Sangre, frente a la Macarena. Los años anteriores habían sido calamitosos: peste en 1581-1582, arriadas en 1586, 1590, 1592, 1593, 1595, hambruna en 1590. El bando del Asistente convocando a los pobres produjo un espectáculo estremecedor «...el mayor teatro que jamás se ha visto, porque había más de dos mil pobres, unos sanos y otros viejos, y otros cojos y llagados y mujeres infinitas, que se cubrió todo el campo y los patios del hospital... y mandó su señoría pena de cien azotes a las mujeres que estando para servir anduviesen pidiendo por la ciudad... y a las viejas les dio licencia para pedir...»<sup>18</sup>.

De tal convocatoria y de tales órdenes se deduce que la caridad y la mendicidad estaban reguladas. Los datos de que se disponen indican que la mendicidad autorizada en Sevilla era una ocupación de adultos. Los benefactores, por otra parte, eran incapaces de satisfacer todas las demandas de caridad.

Los huérfanos y niños abandonados de corta edad, fruto de los amores heterodoxos y víctimas de la pobreza de sus progenitores, eran tradicionalmente el grupo principal de beneficiados por la caridad oficial. A menudo morían pero otros muchos eran recogidos y amparados. La Iglesia estableció un fondo constante para la asistencia de estos niños. Concretamente en el hospital de los Niños de la Doctrina eran recogidos los huérfanos y allí se les daba cama, comida, vestido y calzado, se les enseñaban las primeras letras y la doctrina cristiana. A su salida de la

<sup>18</sup> La cita está tomada del libro ya citado de J. I. Carmona.

institución, que a veces era un auténtico correccional, muchos muchachos entraban en conventos o se hacían clérigos o aprendían un oficio en un taller. Similares funciones cumplía la Hermandad del Santo Niño Perdido (cuyo nombre ya es bastante significativo) fundada en 1589 que recogía a niños huérfanos. Además de enseñarles las primeras letras y la doctrina «...a los que tienen tiña, lepra o sarna los curan... y estando sanos los ponen a oficios y a las niñas las ponen con mujeres honradas», es decir, en el servicio doméstico de muchas casas acomodadas de la ciudad. En realidad, algunos de estos niños eran enviados allí por sus propios padres, incapaces de mantenerlos y educarlos. A veces aparecían, recién nacidos, a las puertas de los templos o en lugares señalados donde podían ser recogidos. Precisamente la Casa Cuna fue la institución que velaba por estos niños. Su origen fue una hermandad denominada, también significativamente, «Nuestra Señora del Amparo» constituida cuando los tiempos parecían todavía muy felices, en 1558.

Los niños recién nacidos y abandonados eran recogidos en la Casa Cuna, como hemos señalado. Sin embargo, una vez fuera de allí, si no se situaban en hogares o bajo la tutela de un maestro artesano, la calle volvía a ser su reino. El resultado de ello fue el incremento del número de pequeños ladronzuelos y pícaros de corta edad, aunque muchos de ellos desempeñaron tareas que les permitían un alto margen de libertad individual, como criados circunstanciales, cargadores de mercancías, recaderos, mensajeros, acompañantes de señoras o incluso ejercían la prostitución callejera.

#### LA PROSTITUCIÓN

Además de los niños de la calle, en un memorial recibido por el arzobispo de Sevilla a fines del siglo XVI se decía que lo que más abundaba en la ciudad eran amancebados, testigos falsos, rufianes, asesinos y logreros, pues sobrepasaban de trescientas las casas de juego y pasaban de tres mil las de ramerías. Por el destino del informe podría parecer que se exageraba el ambiente de relajación moral que vivía la ciudad, pero la imagen que por la misma época nos ofrece Cuelbis, un viajero alemán, es muy semejante por no decir igual. Según su relato la prostitución se hallaba muy extendida en Sevilla, sobre todo en los alrededores del puerto y a extramuros de la ciudad. La alarma de los informantes del arzobispo no era infundada. En 1568 se produjo una epidemia de sífilis que fue llamada «contagio de San Gil» porque, al parecer, se inició en ese barrio. Fue justamente el temor a esta enfermedad lo que movió a las autoridades a regular, por medio de unas ordenanzas, la profesión. Una profesión que a todos parecía necesaria.

#### SEVILLA, MERCADO DE ESCLAVOS

También parecían necesarios los esclavos. La existencia de un mercado de esclavos y la participación de mercaderes sevillanos en el tráfico formaba parte de la

vida cotidiana de la ciudad. Sevilla y Lisboa constituían en el siglo XVI según ha demostrado Alfonso Franco los mercados más importantes de Europa. Esclavos canarios, moriscos, berberiscos y negros africanos eran llevados desde el puerto a las Gradas donde se organizaba el mercado. Desde allí iban a parar a América o a Europa, sobre todo a Italia. Y muchos abastecían la demanda peninsular o sevillana. El esclavo se compraba fundamentalmente para el servicio doméstico (las mujeres como criadas, nodrizas, bordadoras, costureras) y los hombres para los trabajos más duros<sup>19</sup>.

Entre los esclavos los negros eran los más numerosos, la mayoría de ellos eran jóvenes. Cuando adquirían la libertad se solían establecer en el barrio de San Juan de la Palma.

### ¿UNA CIUDAD DE DELINCIENTES?

La imagen risueña de la Sevilla indiana va derrumbándose ante nosotros. Los tonos se oscurecen si después de imaginar a los niños abandonados, a los niños de la calle, a las prostitutas y a los mendigos, nos detenemos ante los delincuentes.

Un rótulo colocado por un desconocido en el muro de la Puerta Osario a finales del siglo XV rezaba: «Ésta es la ciudad del desorden y del mal gobierno». Es posible que no le faltase razón al quejoso. Sevilla era una ciudad atractiva para los ricos y también para quienes perseguían ilícitamente la riqueza.

Las cofradías de ladrones, de criminales y de pícaros tal como aparecen descritas por Cervantes en su novela Rinconete y Cortadillo, estaban organizadas como los gremios, con sus ordenanzas, con sus jerarquías profesionales, etc.

Sin embargo, la justicia ordinaria tenía fama de ser dura. Ante delitos como el robo con o sin homicidio, los asesinatos o cuchilladas a sueldo, las acuñaciones de monedas falsas, etc., las penas eran el encarcelamiento, la condena a galeras o la pena de muerte, tan frecuente en la ciudad, y que podía adoptar diferentes formas de ejecución.

No obstante, la lucha competencial entre las diferentes jurisdicciones de la época facilitó, si cabe aún más, la delincuencia. Al finalizar el siglo la Audiencia y el Asistente se entorpecían en sus labores represivas a causa de los celos. Pero la mayor parte de las quejas se dirigen contra los jueces. Así es. A principios del siglo XVII el licenciado Porras de la Cámara en un escrito dirigido al arzobispo lo expresaba con suma claridad:

«...aquí no azotan sino al que no tiene espaldas, ni condenan al remo, sino al que no tiene brazos, ni perecen ningún delincuente, sino el que padece necesidad y no tiene qué dar a los escribanos, procuradores y jueces. Seis años hace que no he visto ahorcar en Sevilla ladrón alguno, ni tal se probará, habiendo enjambres de ellos como abejas...».

<sup>19</sup> Sobre la esclavitud en Sevilla me remito a los trabajos de Alfonso Franco ya citados.

### CONCLUSIÓN

La cita que acabamos de leer anuncia, de alguna manera, que la realidad gozosa del siglo XVI había dejado paso a la leyenda hasta hoy vigente de una Sevilla maravillosa. La realidad es que finalizando el siglo, la ciudad y su Valle, corazón económico de la Castilla imperial, comenzaba una trayectoria nueva y bien diferente. Todo esplendor sería, en adelante, ficticio. Pero eso no ha impedido que sigamos insistiendo en el dicho: «Quien no ha visto Sevilla, no ha visto maravilla».